

sieur Séptimo. Un oficial es demasiado para ella: la aguja es muy pequeña comparada con la espada; existe una desproporcion. Y sin embargo, hubiese preferido que el caballo fuese á caer delante de otra puerta.

LVI.

Al cabo de algunas semanas, el jóven quedó completamente restablecido, en cuyo tiempo aquel ir y venir, mirarse y hablarse, no habia cesado entre la niña y él. Por fin, este llegó á ponerse en estado de que se le pudiera trasladar al hospital. Nos despedimos de él con pena, le considerábamos ya como un hermano. Nos dió muchas gracias; se le saltaron las lágrimas al decirnos á Dios; prometió venir á vernos de cuándo en cuándo, tan pronto como pudiese andar. Ya lo sospechaba yo, y hubiera preferido que no volviese, pero no me atreví á decirselo, y además habria hecho hojar mucho á Pepita.

LVI.

Tan pronto como se marchó de casa, Pepita se puso desconocida. Era un cuerpo sin alma. Parecia que su rostro estaba allí, y su espíritu en otra parte. No paraba de entrar y salir, ir y venir á casa de su prima, para tener ocasion de pasar veinte veces al dia por delante del jardin del hospital, en donde se veia á los enfermos sentados al sol por encima de la pared. Cuando estaba en la tienda miraba mas á los cristales que á su labor, sucediendo que se ponía encarnada y descolorida cada vez que sonaban las botas y las espuelas de algun militar en la calle. Soñaba la pobre; dejaba caer al suelo los encajes á cada momento; no se acordaba de prenderlos en su almohadilla; se levantaba con intencion de buscar algo en nuestro cuarto; y volvia sin traer nada. Apenas comia, pasaba las noches en vela y suspirando.

— ¿Qué tienes? la decia yo. — Nada; me contestaba. — ¿Por qué? — Oh! qué tonta eres en pensar en eso. Por

ventura es él para unas pobres muchachas como nosotras? ¿Ignoras que es un hijo de buena familia, que solo se casará con una señorita de su clase? ¿Te ha de llevar de guarnicion en guarnicion, y á la guerra, á la grupa de su caballo, dentro de su maleta? Vamos, convéncete y piensa en tus encajes.

— No hay mas que pensar en lo que una quiere? — me contestó con mal humor.

No se me ocultaba que aquellos jóvenes se habian hablado antes de decirse nada, como Cipriano y yo. Y por eso me hacia esta cuenta: ¡Bah! es una calaverada, es una flor de abril que se helará en seguida, desaparecerá con el regimiento.

LVII.

Mr. Séptimo se habia puesto bueno, y venia una que otra vez á casa para manifestar su agradecimiento á sus patronas. Entonces tenia que ver el regocijo de Pepita. Ciertamente parecia que el sol le acompañaba al entrar en la tienda. Se sentaba delante del mostrador; jugaba con la empuñadura de su sable, ponía el casco sobre la silla, peinaba sus crines y componia sus carrilleras, tenia á Pepita la caja de los alfileres mientras ella prendia el encaje sobre la almohadilla, y luego, Mr. Séptimo por aquí, señorita Pepita, ó señorita Josefina por allá, pues ella empezaba á preferir que se la llamase Josefina; y las visitas, y las medias palabras, y los suspiros, y los silencios, y las conversaciones por lo bajo. Yo no podia incomodarme, porque el jóven era tan reservado y tan hombre de bien; y Pepita era tan feliz, tan tierna, y además ¡tan amante y tan obediente conmigo!

Así es que, me contentaba con decirle á Dios, ¿pero cuándo se marchará el regimiento?

LVIII.

No se marchaba nunca. La gente no sospechaba mal de las visitas frecuentes que nos hacia el sargento, porque, si bien éramos

pobres, esto no obstante, teníamos buena reputacion en el lugar, y por otra parte, se creia que era á mi á quien Séptimo venia á enamorar.

— La pequeña, — decian, — es demasiado jóven, es una niña, no piensa en eso; Genoveva es la que se encuentra en edad; es muchacha que agrada sin ser hermosa. Y á fe que tendrá por marido un buen mozo.

Vais á saber de qué se originaba esta equivocacion; los amantes son muy astutos. El sargento solo hablaba de mí en la calle, únicamente de mí les hablaba á las vecinas y á sus compañeros; cuando daba en la vidriera á la única que nombraba era á la señorita Genoveva; cuando venia por nosotras en sus ratos de libertad, para traernos aquí ó llevarnos allí, á mi sola daba el brazo; tenia mil consideraciones conmigo, me atendia y respetaba, como si intentase halagarme y hacer suyo mi amor propio. Yo bien conocia con qué objeto. Con el de que estuviera mas de su parte y fuese mas indulgente con sus visitas; no me engañaba, pero yo era condescendiente, no veia malas consecuencias, sentia apesadumbrar á aquellos jóvenes y los dejaba en paz, contando siempre con que «un toque de trompeta me libraria de estos galanteos una mañana ó una tarde.» Las vecinas eran las que no creian que hablaba de veras cuando yo les esplicaba esto así.

## LIX.

Una tarde, efectivamente, una tarde del mes de mayo, se dijo por Voiron: «El regimiento marcha mañana.»

¡Ah, pobre Pepita! cayéronsele los brazos sobre su silla, y se quedó mas blanca que su encaje.

Entonces, ya hubiese querido yo que el regimiento no se marchase nunca.

Hizo la fatalidad, que en aquel mismo momento vinieran á buscarme con la mayor prisa, para asistir á una vecina que estaba de parto. Sus hijitos me chillaban y tiraban del delantal para que fue-

se á socorrer á su madre. Fui corriendo despues de haber encargado mucho á Pepita que cerrara la tienda temprano, y se acostase.

— El regimiento no sale hasta las ocho de la mañana, — la dije; — iremos á verle marchar y á despedirnos de Mr. Séptimo. No quiero que le veas esta noche sin que yo me halle presente; te afligirias y no podrías dormir.

— ¡Ah! no tengo ganas de verle, — me dijo; — demasiado le he visto; me se partiria el corazon; mejor quiero que me digas mañana; ha marchado, ¿qué le hemos de hacer?; todo se acabó! ¡Voy á rezar para que lleve feliz viaje y no me olvide mientras su ausencia!

— Está bien, — la dije, dila un beso y me marché.

## LX.

Cuando volví al otro dia, encontré á Pepita durmiendo ó haciendo que dormia, lo cual me pareció extraño. Con objeto de cumplirla mi palabra, la dije:

— Vamos á ver marchar el regimiento.

— No, — me contestó, — quiero mas bien quedarme y dormir; he llorado demasiado, me lo conocerian en los ojos, y me daria vergüenza. No me siento con ánimos para pasear.

— Pues bien, — la dije cerrando la ventana por donde entraba el sol hasta su cabeza abrasada; — quédate en la cama, reza tu rosario, duermé, consuélate, voy á trabajar.

No pasó mas ni menos entre nosotras, con motivo de la marcha del regimiento. Solo que se me hacia extraño, que Mr. Séptimo no hubiese venido á despedirse. Imaginé que querria mas bien escribirnos desde el primer punto donde hiciese alto.

Todo siguió bien por espacio de tres ó cuatro meses. Pepita era juiciosa, razonable y arreglada como una religiosa; no salia mas que para ir á la iglesia ó al correo á recoger una vez cada semana

las cartas del sargento. Se habían dado palabra de casamiento; no porque ella decía nada, sino porque yo lo sospechaba.

Escribía también todos los domingos cartas interminables; pero no lo confesaba. Esto lo conocí en que faltaba papel; del cual había yo contado los pliegos; pero no me daba por entendida.

Contaba con que se le pasaría el amor; se nos había pasado á mí y á Cipriano, también se le pasaría á la pobre niña. Decía yo, cuando ya no piense en Mr. Séptimo, ó Mr. Séptimo se haya olvidado de ella, ¡bah! no faltan buenos muchachos en el país; entrará en relaciones, la casará, me quedará con ellos, y estaré al cuidado de su casa y de sus hijos.

## LXI.

Una tarde me trajeron una carta cerrada con lacre negro, en ocasión que Pepita estaba en casa de su tía. La abrí, y ¿qué fué lo que leí? Aun la conservo aquí, señor, con la otra; tomadla, leed y ved.

Tomé la carta y leí:

«Señorita Genoveva: El sargento Séptimo ha muerto en la primera acción que hemos tenido al llegar á... Antes de espirar me ha dicho: «Escribe á la señorita Genoveva, en Voiron, diciéndola que la envío mi despedida así como á su hermana. He sido muy culpable; pero soy más desgraciado que culpable... La pido que me perdone. Si hubiese vivido, habría reparado mi falta involuntaria. No era perverso, no; pero la noche de la despedida, y la desesperación por tener que separarnos, nos embriagaron... Me desposé con ella en secreto, en presencia de un sacerdote de Saboya... Fatal noche! Será preciso enviar el niño á...»

«La muerte ha ahogado su voz. Va adjunto un rizo de su pelo, que os envío por encargo suyo. Me había dicho: «Si muero, harás que esto llegue á Voiron.»

## LXII.

El rizo cayó al suelo con su carta; pues yo solo me había fijado en la muerte de aquel pobre jóven, y en aquella terrible frase que me revelaba todo el secreto de su amor, y toda la vergüenza de nuestra familia: «Será preciso enviar el niño á...»

— ¡Dios mio! — grité, — ¡qué... mi hermana!... ¿Es posible? Ella tan buena y tan religiosa... me han engañado de tal modo. ¡Ah! Demasiado castigada está, dije al momento. Desgraciada niña! ¿Qué la va á suceder cuando sepa la muerte de... diré su seductor, ó su esposo?... El padre; ah! del niño que llevaba en sus entrañas sin saberlo yo... ¿Y qué hacer?... ¿Y cómo confesar?... ¿Y cómo ocultar aquella vergüenza?... ¿A dónde huir?... ¿En dónde sepultarnos en la tierra?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Amparadnos!

Tuve un impulso de cólera contra mi hermana... y los cabellos se me erizaron.

— ¡Cómo! decía yo, á mí que he sido su madre... á mí que por cuidarla he renunciado á mi amor, á mi suerte, á mi felicidad, á Cipriano... á mí, que no me he separado de su lado más que su sombra por el día, y más que la pared de su cuarto y la almohada de su cama por la noche... ¡ha tenido valor para engañarme así!... ¡ha podido ocultarme todo su amor, lo de haber llamado al sacerdote de Saboya, la noche, el matrimonio secreto, las angustias, los terrores, las consecuencias funestas de su unión misteriosa?... ¿no es traidora?... ¿no ha desconfiado de su hermana? No quiero hablarla más, no quiero verla, deseo irme...

Pero si no la hablo, si no la vuelvo á ver, si me voy, ¿qué será de ella? No; me precisa el quedarme, y si la denotó mi enfado en el momento en que hay que decirle la muerte de su amante, y en que tiene necesidad de arrojarle en los únicos brazos que la están abiertos sobre la tierra, para ocultar su desesperación y su vergüenza, su hijo morirá por las angustias y las convulsiones de la madre, en su seno... Y por último, ¿deja de ser por eso mi hermana, mi niña, mi Pepita, mi hija, que he educado, y que no

CAPILLA ALFONSO

BIBLIOTECA DE VITO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ALFONSO"  
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

tiene otra madre que yo, así como yo no tengo otra hija que ella aquí abajo?

Lloré, suspiré, me deshice en lágrimas, hasta tal punto, que mi cabeza se trastornó, mis sentidos se extraviaron, y caí de la silla sin conocimiento al suelo!

## LXIII.

Permanecí en este estado no sé cuánto tiempo; pero debió ser mucho, porque cuando me recobré, ya era de noche. Me despertó un grito terrible que parecía salir de un corazón herido de muerte, un grito que resonará eternamente en mi oído. ¡Dios mío, qué grito! Abrí los ojos; vi á Pepita que tenía en la mano izquierda el rizo de pelo y la carta, mientras que con la derecha se arrancaba los cabellos y los esparcía á mechones por la habitación, lo mismo que una loca que destroza su gorra y arroja los mejores encajes á la cara de sus guardianes. Afortunadamente se hallaba cerrada la puerta, y ni una sola luz iluminaba nuestra habitación; Pepita no había reparado en mí según estaba caída de la silla, detras del mostrador y acurrucada á la sombra en un rincón del cuarto. En su mirada, en su grito, en su gesto extraviado y furioso, comprendí que lo sabía todo. Corrí hácia ella, la cogí en mis brazos y la eché sobre su cama. No tuve valor para reconvenirla en lo mas mínimo. ¡Ah! ¡Pobre niña! Harto desgraciada era. Ni siquiera me conocia; creía que yo era Mr. Séptimo. Me besaba, me dirigía la palabra como si hubiese sido él. — ¡Oh! no has muerto, — me decía riendo con una risa estrañna; — ¡oh! ¡dime que no has muerto! ¿Es verdad, es tu mano la que pasa por mi frente con tanta ternura? En fin, ¿qué se yo? otra porción de cosas dulces, mimos y caricias que el delirio puso en sus labios. Luego me reconocia á intervalos; ponía el dedo en la boca y me decía: — ¡Chist! no dirás nada de lo que sabes; es un secreto. Atien-

de, estamos casados; pero él no quiere que se sepa hasta despues de la campaña; entonces se lo manifestará á su madre, y me llevará á su casa.

## LXIV.

¡Pobre niña! ¡Se lo creía todo! ¡Era tan jóven, tan sencilla, tan inocente!

De pronto, se ponía en pié sobre la cama, toda despeluznada, con los ojos mas brillantes que la luz, y me rechazaba lejos de sí.

— Vete, vete, gritaba; no quiero ver á nadie, ha perecido, ha quedado yerto sobre la tierra, quiero que me sepulten con él, quiero que me amortajen en mi sábana, y que fijen mañana tres cruces sobre mi tumba en el cementerio.

Y efectivamente, se liaba la sábana á la cabeza y quedaba inmóvil como la muerte. Yo la llamaba y no me respondia; ó contestaba solo:

— No, estoy muerta.

Mi hermana tenía una fiebre terrible; y sin embargo, no me atrevia á llamar al médico ni á los vecinos por temor de que todo se supiese. La daba de beber por entre sus dientes que rechinaban, la hablaba, lloraba á su lado y encima de ella. Rezaba al pié de su cama, cogía sus piés desnudos con mis manos, y les calentaba con mi aliento. ¡Ah, qué noche! Desde aquella en que lloré por Cipriano, no había pasado otra semejante.

Las convulsiones, los gritos y el delirio, cesaron al amanecer, y Pepita se quedó entre sueños con los párpados llenos de lágrimas. Di gracias á Dios. Cuando despertó era ya tarde, muy tarde, y había recobrado el juicio; pero no era la misma niña; en una noche había envejecido tanto como en cinco años; apenas se percibia su voz, su cara había quedado como la mía. Estaba sobre la cama con la vista fija en el rizo de pelo que tenía en sus manos juntas sobre las mantas. Por lo que hace á mí, me había secado los

ojos y vestido decentemente para despachar á los parroquianos, como de ordinario en la tienda, á fin de que nadie sospechase cosa alguna.

—¿En dónde está Pepita? me decian.

Ahí está durmiendo; se levanta mas tarde que yo; estas jóvenes, decia á las vecinas, son mas delicadas que nosotras.

Otras veces decia:

—Ha ido á trabajar á casa de su maestra.

Otras:

—Está en la iglesia oyendo misa por el alma de su madre.

En fin mil excusas.

De esta suerte trascurrieron muchos días, durante los cuales la pobre niña, unas veces sobre la cama, otras de pie en el cuartito, ó sentada en la silla, apoyando su cabeza en el brazo, derramó todas las lágrimas de su corazón, y las bebió hasta que su corazón se volvía á anegar en ellas.

Yo iba y venia, entraba veinte veces al día y sin cesar toda la noche.

Entonces me decia: ¡Oh, qué buena eres! te he engañado, te he deshonrado, y tú eres la que me consuela.

Habia cometido una imprudencia, es verdad; ¡pero tenia un corazón tan bueno! Me parece que después de su desgracia la quería mas que antes.

Luego que hubieron trascurrido ocho ó diez días, emprendió de nuevo su vida ordinaria acompañándome en la tienda, y volvió á sus trabajos sobre sus rodillas. Pero ya no gastaba bromas, ya no se reía con este ó con el otro como otras veces. Cuando no estaba en la tienda, me decian las vecinas:

—Vuestra hermana se vuelve seria; señorita Genoveva; se va haciendo reflexiva; será preciso pensar en la boda; el fruto cae en cuanto ha madurado; el vino cesa de hervir cuando ya está hecho.

Suponed si me heriría el oír las; pero nadie sospechaba nada. La casa no se diferenciaba en cosa alguna de su estado anterior. Solo que decian en el barrio:

—Genoveva debiera ocuparse de casar á su hermana; se encuentra en la edad mas á propósito.

Y los mozos de Voiron pasaban por delante de la vidriera el domingo y decian á sus padres:

—Todo lo daria por casarme con ella.

## LXV.

Imaginaos cuán tristes estaríamos las dos. Corria el tiempo y habian pasado cerca de siete meses desde que el regimiento se marchó. Pepita no salia de casa, y como estaba cosiendo siempre á mi lado, detras del mostrador, únicamente veian su hermosa cara y nadie sospechaba su desgracia. Desde mucho tiempo atras, yo habia principiado á decir á las vecinas, que tenia hecho un voto y que proyectaba ir dentro de dos meses en peregrinacion á la capilla de San Bruno, en la Gran Cartuja, acompañada de mi hermana; y como es costumbre en el pais, nadie halló motivo de murmurar; por el contrario, decian:

—Estas dos jóvenes son muy juiciosas, no les asusta el camino ni las nieves, con tal de ir á rezar al santo.

De este modo les fui acostumbrando á la idea de nuestra ausencia, y por último les solia decir:

—¿Estareis al cuidado de la tienda durante algunos días que tardaremos en volver?

—Sí, sí! — me respondian.

Pero yo lo que queria era coger algun dinero que estaba reuniendo con este objeto, vendiendo una parte de mis géneros, y llevar una noche á mi hermana á Lyon ó á Grenoble, á un hospital donde pariera en secreto, depositar al niño, señalándole bien, para reclamarle despues de destetado, y volverme con Pepita á casa, sin que nuestro nombre hubiese recibido la menor mancha.

—Si no se consuela nunca — me decia yo — permanecerá soltera, y educará su hijo como si fuera un huérfano espuesto por la noche á nuestra puerta; y si se consuela alguna vez, y el niño lle-

ga á morir, no habrá perdido lo mas mínimo su reputación á causa de una falta que jamas se perdona á las solteras; y luego ¿quién sabe? Luego si se presenta algun buen muchacho á quien agrade, que la perdone un matrimonio que ella tuvo por legitimo, y con quien quiera casarse, se casará, y todo caerá en el olvido.

Esta cuenta era la que yo me hacia: pero Pepita no queria ocultarse; hubiera preferido decir á todo el mundo:

— ¡ Si, he sido su mujer, y seré la madre de su hijo!

Las jóvenes, cuando están muy enamoradas se honran con su amor en vez de avergonzarse de él. Pero yo la decia:

— El nombre y el honor de tu familia no te pertenecen; ¿quieres deshonorarme y perderme contigo? ¿Quieres envilecer la memoria de nuestra pobre madre, y la reputación de que goza nuestro buen hermano en su regimiento? Quieres que digan: ¡ Mira la educación que la dió su madre! ¡ Qué cuidado tuvo de ella su hermana! ¡ Ahí va el hermano de las dos muchachas malas de Voiron!

Pepita lo veia todo del mismo modo que yo y hablaba en igual sentido, así es que prometia cuanto yo queria.

## LXVI.

Pero el hombre propone y Dios dispone; se ha dicho desde mucho tiempo atras.

Una noche, una noche terrible; ¡ ah, mas terrible que todas las otras! Siete meses despues del matrimonio secreto de mi hermana, ocurre la desgracia! Solo tuve tiempo para correr con los piés descalzos á llamar en silencio á una comadre, tan secreta y segura como un candado; la obligué á jurar que callaria. Entonces se deslizó á la sombra de las paredes y recibió al niño en sus brazos; un varon. ¡ Dios mio! ¿ Qué hacer? Nada teníamos dispuesto, todos mis proyectos quedaron frustrados! ¡ Un niño que ocultar, que mantener, que vestir, la publicidad, la vergüenza, la deshonra, la muerte ó la pérdida de Pepita!

Imaginaos mi confusion, mi desesperacion. No tenia tiempo

para pensar lo mejor que deberia hacer. Pero afortunadamente la comadre era discreta como la tumba.

— ¿ Y qué hacemos? — la dije.

— Señorita Genoveva — me contestó — es una desgracia; pero me he hallado en otros casos semejantes y siempre he visto que, callando y teniendo calma se adelanta mas que alborotando y corriendo. Se necesita tiempo para combinar los medios de salvar el honor de la niña, de advertir al padre, de prevenir á la familia, de reconocer la criatura y de legitimar el nacimiento. Para todo esto se necesitan dias: confiad en mí, entregadme el recién nacido, le pondremos una marca, por la cual se le pueda reconocer siempre; le llevaré envuelto en mi delantal esta noche al torno del hospital en que se depositan; tiraré de la campanilla, acudirá una beata, ó hermana de la caridad, y aguardaré escondida hasta ver que aquella coge el niño desconocido y lo lleva á una de las amas de leche montañesas, que pasan la noche en aquella casa esperando crias. Solo Dios y las estrellas nos verán. San Vicente Paul es el que ha inventado esto, señorita, para hacer ciega la caridad, para cubrir la vergüenza de las pobres madres, y para salvar la vida á millares de niños.

## LXVII.

Era preciso resolverse; pronuncié con dificultad una oración á aquel gran santo: envolví un poco de pelo de su padre en un papel, y con una S. y una J. encima, lo puse en el brazo de la criatura que todavía no lloraba; la comadre se le llevó en su delantal, y yo volví á cuidar de mi hermana, que no sospechaba cosa alguna. Poco á poco le fui diciendo lo que acababa de hacer, dando lugar á que la razon, mezclada con la dulzura, se hiciese lugar en su cerebro. Lloró mucho la pobre niña; pero, al fin, se convenció de la necesidad de separarse momentáneamente de su hijo, despues que la demostré cuán fácil seria reconocerle y lo bien cuidado que estaria por la caridad de Dios; esto último casi tanto como en nuestra casa.